

La derrota de ETA

LA VANGUARDIA, Editorial, 21.04.09

DESDE la larga experiencia de la dura lucha contra ETA se sabe que es preciso rechazar cualquier atisbo de triunfalismo. Si el objetivo es que los terroristas renuncien definitivamente a las armas, mientras exista la posibilidad de que uno de ellos pueda matar, la guardia debe permanecer alerta. Hasta el final de la entrega de la última arma o de su derrota.

Es cierto que los reiterados éxitos policiales en la batalla contra el terrorismo etarra mueven al optimismo. En apenas un año han caído los últimos cuatro principales dirigentes de la banda, los considerados jefes del aparato militar o números uno. En mayo del 2008 era detenido Javier López Peña, Thierry; en noviembre pasado era apresado Garikoitz Aspiazu, alias Txeroki; un mes después caía Aitzol Iriondo, Gurbitz; y el pasado sábado era detenido Jurdan Martitegi. Los cuatro han sido detenidos en Francia, producto de la colaboración entre las policías francesa y española, lo que indica que el nivel de conocimiento de la banda que tienen los investigadores es realmente muy alto. Una realidad que evidencia que los terroristas se encuentran muy acosados y que cada día les es más difícil superar la presión a la que se les somete.

Además de la profesionalidad policial y de la colaboración francesa, la lucha contra el terrorismo etarra tiene otros aspectos sin los cuales no estaría donde está. Fundamentalmente, la cada día mayor soledad política y social en la que se encuentran los terroristas. No es producto de una política de ahora, sino que viene de muchos años atrás. Pero también explica los éxitos policiales el hecho de haberles ofrecido en tres ocasiones la posibilidad de abandonar las armas por la vía del diálogo, lo

que razonablemente podía comportar una cierta generosidad por parte de la sociedad española. En las tres ocasiones mencionadas, la iniciativa la hicieron fracasar los terroristas. En las tres ocasiones, ha comportado una enorme decepción para todos, incluidos el entorno de la banda y algunos de sus militantes, especialmente los presos y sus familias. Así ocurrió cuando los etarras hicieron volar por los aires, con el aparcamiento de la T4 de Barajas y dos vidas, la esperanza de lograr la paz por otra vía que no sea la de la entrega sin condiciones de las armas, es decir, de su derrota.

ETA no sólo es rechazada obviamente por la sociedad democrática, que no transigirá un milímetro en las pretensiones terroristas, sino que también perjudica a su entorno, que ha visto como se alejaba la posibilidad de defenderse políticamente, como han podido hacer movimientos más o menos parecidos en otras partes del mundo. Esa realidad también tiene que ver con el deterioro de la banda. No sólo porque hace evidente la inutilidad de su lucha, sin resultado alguno por más muerte y dolor que provoque, sino porque en su sinrazón ha destruido cualquier puente a la esperanza.

El final de ETA, ciertamente, parece adivinarse. Pero hasta que la última arma no sea entregada y el último terrorista detenido, no puede haber descanso posible para ellos.